

## EL PARTIDO COMO GRUPO SOCIAL

Por FRANCESCO LEONI

### SUMARIO

1. EL GRADO Y TIPO DE PARTICIPACIÓN EN LA VIDA SOCIAL.—2. LA ORGANIZACIÓN Y DIFERENCIACIÓN INTERNA DE LAS FUNCIONES.—3. LOS LÍDERES Y SUS RELACIONES CON LAS MASAS.—4. PROGRAMAS ELECTORALES, IDEOLOGÍAS Y TENDENCIAS TOTALITARIAS EN LOS PARTIDOS.

«La sociedad occidental es una sociedad de organizaciones» (1). En la civilización moderna se consideran valores altamente positivos la racionalidad y la eficiencia, y, en consecuencia, las distintas unidades sociales vienen estructuradas en base a tales requisitos. Rasgos de la organización son: 1) la combinación de personas físicas y bienes materiales coordinados para la realización de los fines preestablecidos, y 2) la presencia de uno o más centros de poder encargados de dirigir y controlar la actividad de la organización.

Los partidos políticos representan organizaciones que se proponen el mantenimiento o la conquista del poder en función de una interpretación determinada, es decir, ideológica, de la realidad. Podemos, por tanto, analizar los grupos de partidos desde el punto de vista de su estructura y dinámica interna, y más concretamente: 1) el grado y tipo de participación en la vida social; 2) la organización y diferenciación interna de las funciones; 3) los líderes y sus relaciones con las masas, y 4) los programas electorales, las ideologías y las tendencias totalitarias en los partidos.

---

(1) R. PRESTHUS. Para una investigación sobre el tema, consultar EMITAI ETZIONI: *Sociologia dell'organizzazione*, Il Mulino, Bologna, 1964.

## 1. EL GRADO Y TIPO DE PARTICIPACION EN LA VIDA SOCIAL

En el actual sistema político italiano los partidos poseen un número de afiliados comprendido entre el 7 y el 9 por 100 de la población total. Un porcentaje reducido si es considerado en términos absolutos, pero no inferior al de otras naciones europeas y seguramente superior a la situación francesa. Podemos, además del examen de su consistencia cuantitativa, analizar cualitativamente los partidos, examinando el tipo de participación de los afiliados. Distintas causas o combinaciones de éstas pueden llevar a un individuo a afiliarse a un partido:

a) La participación ideológica: consiste en la necesidad, por parte de algunos, de contribuir a la afirmación de una determinada ideología a través de la adhesión a un partido. Una proporción de éstos constituye un tipo especial de afiliado: «el fielísimo», para el cual el partido pasa de ser un instrumento para la realización de determinados objetivos a ser una entidad válida en sí misma.

b) La participación instrumental: consistente en la tentativa de perseguir objetivos personales o colectivos extrapartidarios a través de la adhesión a un partido.

c) La participación formativa: es el tipo de adhesión característico de los jóvenes, los cuales ven en el partido el lugar en el cual es posible acrecentar sus propios conocimientos, formarse opiniones, es decir, enriquecer la preparación política y cultural.

d) La participación «socialitaria»: en los pequeños centros, la sede de partido acaba siendo el único lugar de reunión y de distracción para los habitantes del lugar. Ello explica el elevado número de personas mayores que integran las secciones locales y el predominio de las actividades recreativas, como las cartas o la proyección de los programas televisivos más populares, frente a la auténtica y propia actividad política. Si el número de afiliados a los partidos es, desgraciadamente, exiguo, aún es más reducido el número que frecuentan las sedes, con un porcentaje que se puede considerar comprendido entre un mínimo del 10 por 100 y un máximo del 25 por 100 (2) (concretamente, entendemos por frecuencia la presencia en secciones de al menos una vez al año).

En general, en las secciones ciudadanas la actividad política es muy intensa, coincidiendo con acontecimientos a nivel local, nacional e internacio-

---

(2) AA. VV.: *Partiti e partecipazione politica in Italia*, A. Giuffrè, Milán, 1969; véase en particular L. BALBO.

nal; llega a ser frenética durante las contiendas electorales, pero es normalmente nula durante el resto del año. Dentro del ámbito nacional, el único partido que desarrolla una actividad periférica de una cierta consistencia es el PCI, que, además de la disponibilidad humana y financiera que una organización tan compleja requiere, por ser un partido de oposición al sistema, debe periódicamente controlar la potencialidad y capacidad de movilización de sus partidarios.

La Democracia Cristiana dispone, por el contrario, de un aparato de partido menos eficiente. Afirma, por ejemplo, el secretario de una sección de una ciudad del Sur: «La vida de sección se desarrolla muy perezosamente...; incluso con ocasión de las elecciones de los delegados de sección para elegir el comité ciudadano no ha habido mucha participación. Tenían derecho de voto aquellos que constaban ya afiliados a las secciones en una concreta fecha del año precedente (cerca de 150). En la asamblea participaron unas cuarenta personas. Al final de la jornada, también porque la mesa electoral permaneció abierta todo el día, resultó que votaron 83 personas. Durante la jornada muchos fueron llevados a votar en coche...» (3).

Pero hay que decir que la DC dispone de una serie de asociaciones políticas y sectoriales (agricultores, comités cívicos, asociaciones de gremios, etc.) que desarrollan una acción colateral e integradora a la del partido mismo. El modelo de sección, al que todos los partidos tratan de unificarse, es un organismo extremadamente racionalizado en el que existe un eficiente centro de coordinación y de dirección general y una serie de centros periféricos que dirigen la actividad de los distintos grupos profesionales y gremiales en que se encuentra articulada la organización.

Evidentemente, un modelo similar requeriría la disponibilidad de material humano y medios de los que raramente una sección puede disponer. Así, normalmente las secciones se limitan a una actividad ejecutiva, en el sentido que se limitan a hacer propaganda entre sus afiliados y, por tanto, dentro de un ámbito territorial, las tesis políticas elaboradas por el vértice del partido. En los pequeños centros ya hemos observado cómo prevalece un tipo de participación socialitaria, ya que el tejido conjuntivo del partido está formado por las relaciones humanas que se crean entre los afiliados más que por una verdadera y real participación en el sentido político.

Por parte de los dirigentes de partido hay una tendencia a reducir el aspecto «subcultural» de esta participación, pero, por otro lado, no es posible

---

(3) L. BALBO: «Elite e base in una città meridionale», en AA.VV.: *Partiti...*, op. cit.

limitarla excesivamente, ya que proporciona siempre una reserva humana adecuada, en alguna medida, para ser movilizada por el partido. Si la participación tiende a socializar a los afiliados, tiende, por tanto, a hacer aceptar a los recién llegados las normas y los valores del grupo; la necesidad de la organización conlleva formas de selección que hacen teórica la efectiva integración del individuo en el partido. En realidad, se tenderá a crear una separación permanente entre los funcionarios y los militantes, prescindiendo asimismo de las otras divisiones que puedan subsistir entre los diferentes grupos de edades o sociales.

Aunque oficialmente no haya una línea de separación entre «intelectuales» (hombres de cultura, profesionales, etc.) y los demás, las clases menos acomodadas mantendrán una postura de distanciamiento, más o menos consciente, en comparación con los primeros. Muy a menudo se reprocha a los «intelectuales» o bien la facilidad con la que alcanzan los más altos cargos, o el contraste entre las ideas profesadas y el tipo de vida que llevan, o incluso la representación de clase y problemas sociales desconocidos y, por tanto, lejanos de su experiencia práctica.

## 2. LA ORGANIZACION Y DIFERENCIACION INTERNA DE LAS FUNCIONES

El aspecto oligárquico-burocrático que caracteriza un partido político moderno está en relación con la necesidad práctica de racionalizar el funcionamiento de la máquina del partido. Con la consolidación del aparato organizativo, al político aficionado le ha ido sucediendo una clase de funcionarios profesionalmente comprometidos en la actividad del partido y cada vez más especializados en sectores que requieren competencia. Justamente este compromiso específico y la competencia técnica marcan claramente la línea de demarcación entre el dirigente y el afiliado. La posibilidad por parte de este último de influir de alguna forma en las decisiones del partido es puramente formal. Frente a la capacidad dialéctica del diputado, con su experiencia en manejar las asambleas, en la interpretación de los reglamentos o en la propuesta de las nociones, el afiliado llevará normalmente las de perder. Ello no impide que pueda ocurrir, como en efecto a menudo sucede, que este poder coercitivo ejercido por una minoría no sea advertido por la masa, la cual puede incluso estar convencida que está pensando y actuando con autonomía. Recuerda Michels que la misma Revolución francesa pretendió aplicar el principio de la soberanía popular, considerando la voluntad expresada como la única ley suprema a respetar; una vez en el poder, la asamblea nacional de-

cretó la pena de muerte contra cualquiera que se atreviera a proponer la restauración de la monarquía (4).

Pero no es preciso irse tan lejos en el tiempo para encontrar un contraste similar entre teoría y práctica. Podemos recordar que la misma Constitución democrática de la actual república italiana, al establecer la inmutabilidad del artículo 139 de la Constitución, sancionó la «eternidad» de su orden institucional. «Desde un punto de vista ético, el dirigente es un misionero o un interesado. En el primer caso estaría, admitiendo a Max Weber, orientado siempre en términos no económicos» (5). Es evidente que también este tipo de dirigente, para poder desarrollar sus funciones, haya necesitado una cierta seguridad financiera, que, no obstante, no debe provenir del partido, porque sería inconciliable con su naturaleza de misionero. Naturalmente, en la mayoría de los casos es imposible conciliar estas dos exigencias y el dirigente no podrá a la larga continuar manteniendo su posición ideal. De este modo, lentamente asumirá los caracteres de la segunda categoría, esto es, se convertirá en interesado. Incluso cuando no se verifican cambios de este tipo será la misma estructura burocrática del partido la que favorezca similares transformaciones. Cuanto más crece la dimensión financiera tanto más crece la injerencia en los sectores de la economía, de la cultura, de la información pública y más aumenta el número de aquellos que se acercan a los partidos no tanto por convicción como por interés. Sin embargo, la necesidad de mantener un aparato burocrático depende de la necesidad de alcanzar los fines preestablecidos a través de la utilización de medios adecuados, es decir, a través de una organización.

Esta última encuentra, por consiguiente, la legitimación y el consenso en su interpretación ideológica. Según las tesis de Michels, la estructura interna de un partido puede ser sintetizada así:

a) «La incompetencia de las masas constituye la base más firme del poder de los dirigentes. Al mismo tiempo, les confiere una justificación práctica y política y, hasta un cierto punto, moral» (6). Pero existe también una explicación de índole psicológica. La mayoría está de tal modo habituada a ser guiada y a encontrar quien se ocupe de sus problemas, que para ponerse en movimiento necesita siempre ser preparada previamente.

b) La delegación de las tareas y poderes a favor de la clase dirigente concentra en sus manos privilegios y facultades reales, si bien no reconocidos oficialmente, que favorecen el mantenimiento del poder. Esta función tiende

---

(4) R. MICHELS: *Sociología del partido político*, UTET, Turín, 1917.

(5) R. MICHELS: *Sociología del partido político*, cit.

(6) R. MICHELS: *op. cit.*

a fortalecerse hasta permitir en algunos casos la degeneración de los mismos fines primarios de la organización.

c) La ley de la oligarquía es connatural a la práctica democrática. Se debe observar que la mayor parte de los teóricos de la democracia tienen a la vez una visión pesimista y crítica comparando las instituciones políticas antiguas con las actuales y, al mismo tiempo, una visión optimista, diremos casi «fideísta», en la viabilidad de futuras sociedades democráticas. Mientras que una postura más realista sobre la naturaleza intrínseca del hombre debería conducir a evaluaciones menos optimistas, pero sin duda más idóneas, para proponer modelos de vida concretos y realizables. «La inmadurez objetiva de las masas no es sólo un fenómeno transitorio y eliminable con el progreso de la democracia. Está, por el contrario, en la naturaleza misma de la masa, que, aunque organizada, se ve afectada por la permanente incompetencia para resolver todos los diferentes problemas que se le presentan» (7).

Intentemos ahora profundizar en el problema de la estructura del poder de un partido. Ya hemos visto que, según «la ley férrea de la oligarquía» de Michels, una minoría sostiene el mando y el control sobre una mayoría considerada amorfa. Eldersveld (8) contrapone a este esquema de Michels, excesivamente rígido, con su radical contraposición entre quien manda y quien obedece, un modelo alternativo que define «estratarquía» (usando una expresión de Lasswell y Kaplan) (9). Más que una «unidad de mando centralizada o una dispersión del poder a través de toda la estructura de partido, una «estratarquía» presupone distintos estratos de mando que actúan con grados variables de independencia. Esta distribución de las atribuciones de mando depende de la heterogeneidad de los componentes y de los intereses que convergen en un partido. Esta naturaleza poliédrica del partido, que debe hacer frente a distintos sectores de opinión pública y de estructuras sociales, comporta el reconocimiento de los líderes locales, de los poderes locales. También la necesidad de votos, cuya captación depende en gran parte del aparato periférico, favorece una cierta autonomía en los estratos de las estructuras locales. Según Eldersveld, aun cuando el partido pueda dar la impresión de ser un sistema organizado, sobre la base de una autoridad centralizada ejercitada desde arriba hacia abajo, el partido puede ser considerado como «una estructura de respeto recíproco».

Una organización de partido no puede funcionar si se reduce a una serie

---

(7) R. MICHELS: *op. cit.*

(8) SAMUEL J. ELDERSVELD: «Per una teoria del partito politico», en *Antologia di scienza politica*, Il Mulino, Bolonia, 1970, pág. 289.

(9) H. LASSWELL y A. KAPLAN: *Potere e società*, Etas Kompass, Milán, 1969, página 236.

de directivas emanadas del vértice y realizadas sin discusión por la base. En realidad, las relaciones entre la dirección y los cuadros se basarán en el compromiso entre la tendencia «centralista» del poder y las exigencias de la «periferia». En relación con otro aspecto de la teoría oligárquica, el de la imagen del partido como grupo formado por una clase dirigente homogénea que se «autoperpetúa», Eldersveld ve la elite del partido como formada por múltiples grupos de clases de carrera o de «categorías de carrera» separados, muy diferentes el uno del otro en cuanto a integración, intercambio y conciencia de sí mismos. «Además, hay una rotación notable en el liderazgo del partido a todos los niveles de la jerarquía, e igualmente la movilidad individual puede tener lugar a una velocidad increíble. Pero ésta no es una rotación meramente formal...; a menudo es un genuino proceso de renovación, de adaptación y de restauración del equilibrio de poder entre las subcoaliciones en el interior de la estructura del partido» (10).

El contraste entre la estructura oligárquica de Michels y la «estratarquía» de Eldersveld está directamente relacionado con el distinto ambiente político-social tomado en consideración por los dos autores: mientras Michels hace referencia a los partidos socialistas de hace cincuenta años, Eldersveld analiza la actual situación de partidos en los Estados Unidos. En la tercera parte examinaremos en especial la teoría de Michels, precisamente por su mayor conexión con nuestro ambiente sociopolítico.

### 3. LOS LIDERES Y SUS RELACIONES CON LAS MASAS

«La ley sociológica a la que responden los partidos políticos modernos consiste en el hecho de que de la organización desciende el dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios a los mandantes, de manera que la estructura oligárquica de la organización impedirá la expresión del principio democrático» (11).

Por lo mismo, los jefes que al principio surgían espontáneamente después se convertirán en líderes profesionales y tenderán, por tanto, a ser inamovibles. Bernard Shaw aseguraba que la democracia es una agregación de idólatras, mientras que la aristocracia es una agregación de ídolos, y, en efecto, hay mucha parte de verdad en esta afirmación, aparentemente superficial. La masa ha necesitado de ídolos que adorar: ella los crea, los destruye también,

(10) SAMUEL J. ELDERSVELD: *op. cit.*, pág. 291.

(11) R. MICHELS: *Elite e/o democrazia*, ed. de Francesco Perfetti, Volpe, Roma, 1972.

pero para sustituirlos por otros. En general, se intenta racionalizar la especial consideración de que gozan los dirigentes de partido, atribuyéndoles singulares dotes de preparación política, de superioridad cultural y de integridad moral. Pero el más mínimo intento de valorar fríamente estas presuntas cualidades de los líderes es considerado como una profanación y es rechazado desdeñosamente por parte de sus secuaces. A este respecto, Michels cita algunos ejemplos explicativos. «En la democracia italiana, durante bastante tiempo, el reproche "ha hablado mal de Garibaldi" constituyó el peor reproche de índole moral que pudiese ser hecho. El culto a los líderes sobrevive a su muerte; el fervor fanático, aún hoy día comprobable en la defensa de Marx por parte de algunos marxistas, demuestra una fogosidad que raya con la idolatría...

Donde el socialismo ha asumido el carácter de religión de Estado, a través de la conquista del poder, como en Rusia, son satisfechas estas concesiones de nombre y bautizos con toda la pompa imaginable. A causa de la necesidad que las masas tienen de fastuosidad y fiestas en las fechas señaladas, los bolcheviques intentan suplir las costumbres religiosas por las festividades comunistas» (12). Que los líderes tengan un poder absoluto sobre las masas es verdad hasta un cierto punto, puesto que, teóricamente, son estas últimas las que eligen a sus jefes.

A pesar de que un partido democrático debe tener una estructura oligárquica, y si bien es verdad que la masa es incapaz de gobernarse, es igualmente cierto que de esta última puedan surgir nuevos jefes. Ello significa que los viejos líderes, para poder conservar sus posiciones de poder, deben mantener un constante contacto con los deseos y las opiniones de la mayoría. La necesidad de seguir a un líder y el deseo de mando son los dos componentes contradictorios que guían a las masas, y que los líderes secundan, postrándose ante su presencia, adulándoles para mejor someterles a su voluntad. «Los demagogos son la causa por la cual las deliberaciones populares, y no las leyes, son soberanas, trasladando al pueblo la decisión de todos los asuntos: su potencia está demasiado unida a la soberanía del pueblo, cuyos humores y tendencias saben muy bien dirigir» (13).

---

(12) R. MICHELS: *Sociología del partido político*, cit., págs. 106-107.

(13) ARISTÓTELES: *Política*, Libro IV, 4, 1292a.



#### 4. PROGRAMAS ELECTORALES, IDEOLOGIAS Y TENDENCIAS TOTALITARIAS EN LOS PARTIDOS

El análisis de los programas electorales elaborados por los partidos con ocasión de las elecciones políticas del 28-29 de abril de 1963, recogido en la obra de Orazio Petrarca (14), nos permite seguir la relación existente entre «proyecto» y «situación». Examinar un programa electoral significa no solamente indagar sobre su grado de contenido ideológico, sino también en la capacidad del partido de «conexionar intereses parciales en una visión unificadora general, que los une y los generaliza» (15). Los manifiestos electorales del 63, a pesar del marcado acento ideológico, característico de los partidos italianos, no presentan una clara definición en este sentido. En efecto, aparte de la DC, el PSDI y el MSI, los otros partidos prefieren, a la vista de la contienda electoral, utilizar fórmulas genéricas más que concretas orientaciones ideológicas. El PSDI, en su documento programático, después de haber recordado las relaciones históricas e ideales de las que surgió el socialismo democrático como movimiento que combatió «los males connaturales al sistema capitalista», por el contrario denunciaba «las deformaciones de los sistemas comunistas», los cuales, «equivocadamente, se vuelven a la tradición socialista». Pero a esta clara dirección ideológica el PSDI daba evidentemente un valor histórico capaz de diferenciarlo respecto de los otros partidos, dado que, prosiguiendo con el documento, se aclaraba que los distintos componentes que confluyen en la socialdemocracia encuentra un común denominador, no tanto en términos ideológicos como en el plano de la aspiración humana, a «un orden de justicia social, de mayor bienestar, de libertad y de paz mundial». La generalización de esta última fórmula es análoga con la «concepción cristiana del hombre y del mundo» del programa de la DC. Con respecto a esta última, más ideológica, está relacionada con la «doctrina social de la Iglesia». La DC «cree en los valores de libertad y de justicia, así como que nacieron de esta doctrina, y a los mismos, en una amplia adhesión, se esfuerza en adaptar los ordenamientos sociales y las formas de ejercer el poder. Sostiene que sobre estas bases puede ser constituida una sólida democracia, rica en fermentos morales, sostenida por una fe rigurosa en la libertad y en la dignidad humana». El documento proseguía insistiendo especialmente en la invariable fisonomía de la DC como «fuerza cristiana, democrática y

---

(14) MATTEI DOGAN y ORAZIO M. PETRARCA: *Partiti politici e strutture sociali in Italia*, Ed. Com., Milán, 1968.

(15) U. CERRONI: *Per una teoria del partito politico*.

popular». Las razones de esta insistencia eran bastante lógicas después del cambio «histórico» del Congreso de Nápoles (enero de 1962) y la consiguiente formación de un gobierno de centro-izquierda, apoyado por los socialistas, que había producido una notable agitación en los ambientes católicos (especialmente hostil fue una parte de la jerarquía eclesiástica).

En las vísperas de las elecciones, la Comisión Episcopal italiana, reiterando la unidad de los católicos, se mostró bastante más cauta que en ocasiones precedentes, y menos unida resultó ser la actitud de algunas diócesis. Por primera vez, el monopolio de la DC sobre los votos católicos parecía estar puesto en duda. Aparte de los partidos de derechas, que desde siempre apelaban a los católicos, esta vez el PLI, el PRI y los socialistas, e incluso los comunistas, siguiendo la estela de la política ecuménica de Juan XXIII, se dirigieron a aquella parte del electorado que constituía hasta entonces una reserva exclusiva de la DC (16). Y justo a este peligro hace referencia el programa democristiano: «Para la defensa activa y seria de los valores morales y religiosos de nuestro pueblo, ante todo, cuenta la fuerza, nuestra autoridad, nuestro prestigio en la dirección general del país. Debido a este aspecto —la defensa unida de los intereses morales y religiosos—, conviene reforzar la democracia cristiana, conviene proporcionarla, en lo máximo posible, de capacidad contractual en el orden político general.» Igualmente, el MSI se preocupaba de aclarar su posición ideológica, rechazando primeramente «las invocadas acusaciones de totalitarismo, que reconducen a un proceso gratuito de las intenciones», por cuanto «valen los hechos de otros tres lustros para demostrar su respeto al método democrático». Posteriormente se reafirmaron en la concepción de «un Estado nacional y corporativo basado en el reconocimiento del trabajo, sujeto de la economía, en la colaboración organizada entre los gremios, en un sistema de representación seleccionado desde abajo en términos de competencia técnica, de calificación social, de garantía de expresión de los trabajos morales de la nación.

Por tanto, un Estado que garantiza las libertades políticas de los grupos y de los individuos dentro de la soberanía y de la autoridad unitaria de su esencia histórica y nacional». Finalmente, al MSI le importaba subrayar que su política estaba «concebida en términos de justicia y progreso social y así claramente alejados de cualquier criterio de reacción y conservación».

En los otros partidos, las referencias a las ideologías son menores y más genéricas, como es el caso, por ejemplo, del programa del PSI, que hacía referencia a la consecución de una hipotética sociedad socialista, pero no se detenía en precisar su significado y los contenidos, reduciéndose a ilustrar las

---

(16) MATTEI DOGAN y ORAZIO M. PETRARCA: *Partiti politici...*, cit.

consecuencias que «las conquistas democráticas graduales» producirían en el progreso de la clase trabajadora y en el respeto «de los valores de pensamiento, de cultura, de democracia política, que son, al mismo tiempo, una conquista y una herencia de nuestra civilización».

En las contiendas electorales las ideologías tienden a ser puntos de referencia que acaban expresando conceptos de tal modo genéricos, que convierten, en alguna medida, en muy similares los programas de distintos partidos. La masa de los electores, de hecho, más que a un planteamiento homogéneo y global referido al bien común de la sociedad en su conjunto, tiende a ser más sensible a respuestas sectoriales que afectan a los intereses específicos de su categoría o clase social. En coherencia con este razonamiento, los partidos intentarán atraer al mayor número de grupos sociales hasta el límite de todos cuantos componen la colectividad. De aquí el esfuerzo de presentarse como portavoces de los intereses y de las aspiraciones de todas las clases sociales, de presentarse como «el partido de todos», al menos durante las contiendas electorales. La tendencia a asumir una fisonomía interclasista está generalizada de tal modo, que el mismo PCI acaba por dar al término «clase trabajadora» un significado tan amplio que se convierte en una simple expresión dialéctica. Pero tampoco puede hablarse de interclasismo —observa Petrarca—, por cuanto que presupone un proceso de conciliación de intereses heterogéneos. Más bien, los programas se presentan como un catálogo de problemas de intereses distintos, «casi una lista de inventario, donde las peticiones de las fuerzas sociales se consideran con la misma importancia y todas de urgente solución, como si fuesen ilimitados los recursos del país e igualmente sin límite el tiempo de la legislatura que está al llegar» (17).

«Las discusiones en el seno de algún partido que, antes de las elecciones, culminan en la adopción de un programa presentan determinadas conclusiones, las define, las expresa en fórmulas que, aunque maliciosas y engañosas, fijan la opinión pública en algunos puntos. Concentran la atención, solicitan el espíritu crítico» (18). En definitiva, todos los programas electorales tienden a un consenso corporativo y acaban por tener una fisonomía demagógica y superficial que les hace iguales. Esta característica de los programas nos lleva a analizar la tendencia a la totalidad que Mosca verificó en los partidos políticos. «Todos los que hoy día actúan en la vida pública hablan y luchan en nombre del pueblo, de la colectividad. Gobiernos y sublevados, idealistas enfurecidos y ambiciosos arribistas, todos son el pueblo y afirman estar ejecutando con sus obras la voluntad del pueblo.

---

(17) ORAZIO M. PETRARCA: *op. cit.*

(18) ORAZIO M. PETRARCA: *op. cit.*

Antes de emprender la marcha hacia la conquista del poder, los nuevos movimientos de clases tienen por costumbre anunciar, con toda solemnidad, sus programas de liberación del juego de una minoría tiránica. Liberación que ellos quieren realizar a favor no tanto de sí mismos como de toda humanidad. El verbalismo caracteriza la democracia. El corazón del demagogo, ese fruto espontáneo de la tierra democrática, está siempre cultivado de sentimiento y conmoción con los dolores del pueblo» (19). Etimológicamente, partido significa parte, fracción; y, en efecto, los partidos nacen para defender intereses particulares, pero en seguida tienden a hacerse portavoces de la colectividad entera. Esto es cierto, incluso, para los partidos de clase, como el PCI, que además de extender el alcance del término «clase trabajadora» a clases anteriormente calificadas de «burguesas», ahora dirige sus apelaciones a todas las clases sociales. Recuerda Mosca que en el Congreso del Partido Popular Italiano celebrado en Turín en 1923, dom Sturzo justificó la admisión de afiliados no católicos en el PPI afirmando que el concepto de católico comportaba la universalidad del partido. Según la concepción marxista, la clase social por excelencia en una sociedad capitalista es el proletariado, y el modelo de proletariado es, más concretamente, el operario de fábrica dotado de conciencia de clase. El tipo de actividad laboral (la manual), de la que se deriva la baja participación en la renta social y la toma de conciencia por parte del trabajador, eran las dos condiciones que calificaban al proletariado. Con el paso del tiempo, distintos partidos comunistas han ido incluyendo dentro de esta clase social tanto a los que no trabajan en fábrica como a los que no emplean la fuerza física, y han abandonado cualquier distinción entre proletarios concienciados y no concienciados (20). Sobre esta tendencia *omnibus* de los partidos, las observaciones de Roberto Michels, si bien referidas al movimiento socialista de hace medio siglo, aparecen muy vivas y actuales. El veía el partido como «una organización siempre ávida de nuevos miembros» y aseguraba que «no busca combatir con sus opositores, sino sencillamente superarlos ofreciendo más» (21). El partido está siempre atento al potencial de clientes y está abierto en la base a los nuevos reclutas, y alguna vez, en el vértice, si ello puede servir para sus aspiraciones de poder. En este sentido, el partido se adapta hasta en un sistema multipartidista, donde la probabilidad de atraer los votos indecisos es mínima. «Basándonos en la aritmética del poder, sustancialmente sobre el voto,

---

(19) JAMES BRYCE: *Democrazie moderne*, vol. II, Mondadori, Milán, 1953, página 124.

(20) GAETANO MOSCA: *Elementi di scienza politica*, vol. II, Laterza, Bari, 1974.

(21) GAETANO MOSCA: *op. cit.*

el partido refleja en su estructura una tendencia de fondo a la superioridad del conjunto.

En otros términos, el partido está basado en las relaciones de instrumentalización recíproca: se adhieren los que quieren utilizarlo, y, correlativamente, el partido los moviliza en vista del poder de los que se adhieren» (22). Según este modelo, el partido es un sistema estructural que intenta convertir un conjunto de intereses político-sociales en poder político; podemos, por tanto, conceptuarlo como un agregado de subestructuras y subcoaliciones.

Subcoaliciones que podemos distinguir en términos geográficos, en categorías sociales, en posiciones ideológicas, etc., mientras que las subestructuras, como el grupo parlamentario, el movimiento joven y el de las mujeres, pueden ser entidades organizadas de modo casi independiente. De aquí deriva que, inevitablemente, el partido es un sistema de antagonismo que tiende no a la solución de los conflictos, sino a la demora de las soluciones de los conflictos, de manera que todos los intereses distintos y contradictorios que en él convergen puedan permanecer unidos en su organización. Como máximo, el partido tenderá a satisfacer, parcialmente, los diferentes grupos de forma tal que la rivalidad entre ellos no comprometa su proyecto de poder (23).

¿Qué conclusiones o, mejor, qué últimas observaciones se sacan de este análisis sobre los partidos políticos modernos? «La función de representar el interés nacional, que antes estaba atribuida al soberano y posteriormente pasó al Parlamento, ahora es desempeñada por el partido. El partido —para decirlo como Herman Finer— es verdaderamente rey» (24). Esta tendencia de fondo del partido, transformándose de instrumento de la representación a efectivo *dominus* de la misma (y de esta tendencia «dinámica» también encontramos un testimonio indirecto en las constituciones más recientes, siempre imprecisas en el definir la posición de los partidos en el Estado), nos lleva a una primera observación: «Max Weber usa el término poder para indicar la capacidad de convencer a los otros a obedecer; el término de legitimación para indicar la aceptación del ejercicio del poder, en cuanto éste está de acuerdo con el sistema de valores individuales, y el término autoridad para designar la combinación de poder y legitimación, es decir, el poder legítimo» (25).

La sociedad moderna ha rechazado el principio de autoridad, permitiendo sólo el ejercicio de un poder que, no teniendo más contenido que la legitima-

(22) SAMUEL J. ELDERSVELD: «Per una teoria...», cit., págs. 287-289.

(23) SAMUEL J. ELDERSVELD: «Per una teoria...», cit., pág. 289.

(24) BEER, 1965, pág. 88.

(25) EMITAI ETZIONI: *Sociologia dell'organizzazione*, cit., pág. 98.

ción, tiende a convertirse en totalitario. La segunda observación, dando por descontado que no puede haber una semejanza sociológica entre país real y país legal, consiste en destacar que el proceso representativo se desarrolla en dos planos: entre los electores y su partido y entre el partido y sus representantes. El «doble mando», como lo define Duverger, que une al electo con sus electores y al partido, termina por ser una relación doble solamente en teoría, ya que si el sufragio universal ha hecho imposible el primer tipo de relación, igualmente es imposible pensar en un representante no colegiado a un partido. «Se manifiesta la eventualidad de que el personal parlamentario acaba por parecerse cada vez más al personal del partido —esos políticos profesionales— y no a la sociedad que debería representar.

Si así fuese, el partido pasaría a ser 'rey', y se podría concluir que quien está representado es, efectivamente, el partido-aparato» (26).

El estudio sobre lo que la opinión pública quiere y sobre el modo en que esta voluntad se forma; el análisis del proceso de identificación elector-partido y elector-elegido, el examen del comportamiento de la clase política, éstas son las áreas de búsqueda idóneas para definir la representación de los modernos partidos políticos.

[Traducción: CONSUELO GÓMEZ]

---

(26) GIOVANNI SARTORI: *Democrazia e definizione*, Il Mulino, Bolonia, 1969, página 370.